



MANDARINAS DE PAPEL

MANUEL JULIÁN



Mandarinas de papel

MANUEL JULIÁN

Editora: Violant Muñoz i Genovés
Promoción: Mediática, agencia cultural
Tel. 93 312 01 62

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Colección: Basalto

Primera edición: Abril 2013
Segunda edición: Octubre 2013
© Manuel Julián
© Portada: Manuel Julián
© para esta edición: Ediciones Dédalo, editora: Violant Muñoz
Maquetación: Víctor Marimón
victormpbcn@hotmail.com
Corrección: Susanna Tisler
ISBN: 978-84-941138-4-0
Depósito legal: B-7.451-2013

Impreso en El fantasma de los sueños, S.L.

Mandarinas de papel

MANUEL JULIÁN

Sinopsis

Desde hace mucho tiempo, no me es posible escuchar el rugir de un avión en la lejanía sin que mi añorada infancia resurja de nuevo. Viene a mí como el jabonoso olor en la ropa de cuna, las tardes del serial de radio con mi abuela delante de la estufa, como los diminutos soldados de plástico que se escondían bajo los muebles para no ser descubiertos.

Siempre me pregunté hacia dónde iban todos aquellos vuelos y pronto comprendí que sería hasta donde mi imaginación les llevara. En un pueblo que crecía al lado de un campo de la aviación, en el húmedo suelo donde se posaban siempre las primeras aves migratorias, chapoteando en la playa del faro, descubrí que algún día necesitaría cerrar los ojos y volver a recordar todo aquello.

El regreso de las aves y aviones a los lejanos y exóticos lugares que hoy encuentro de nuevo al abrir las páginas de este libro, uno con el aroma de las mandarinas sobre el papel.

Quizá el título induzca a pensar que se trata de un simple ardid, una frase sugerente que alguien escogió para captar la atención, pero la realidad es que, el propio título se encuentra estrechamente vinculado a la historia y a la postre es ella misma la que expresa sus sentimientos y motivos.

El argumento, aunque transcurre a mediados del pasado siglo, permite al lector de hoy sentirse plenamente identificado con los sucesos que aquí se describen, porque aunque nuestras costumbres y estilos de vida han cambiado, lo cierto es que sin llegar a obsesionarnos con lo breve y efímera que pueda resultar nuestra existencia, todos nosotros, todavía, necesitamos sentirnos amados, que lo que hacemos realmente vale la pena y que la memoria nos ayude siempre a reconocernos.

Todo comenzó siendo como otra alocada aventura arqueológica en los cenotes de Yucatán, pero ¿cómo regresas de un viaje en el que has perdido a tu mejor amigo? En el que alguien que conocías desde que eras un niño, ha sido dado por muerto.

El personaje principal, un arqueólogo de Barcelona, es una persona sencilla, o al menos lo era en 1953, hasta que una fría mañana de invierno decide embarcarse en un inquietante viaje hasta el misterioso México.

Acompañado por su compañero y amigo de la infancia, se adentran en la peligrosa selva de Yucatán, ambos estaban decididos a recuperar valiosas reliquias sedimentadas en el fondo de un Cenote sagrado, todo era como un ilusorio espejismo.

Nuestro protagonista pone en peligro su carrera, arriesga su prometedor futuro con la mujer que ama y agota casi toda posibilidad de supervivencia.

Diez años después, sin haberse perdonado y ahogándose en su propia melancolía, Santiago decide regresar de su exilio para enfrentarse a sus miedos. Seis jóvenes y dos adultos sobrevuelan el desafiante Atlántico en dirección a las selvas de Chichen Itzá.

Su segundo viaje pondrá a prueba todo en lo que cree o por lo que alguna vez estuvo dispuesto a luchar sin ni siquiera imaginar lo que le aguarda.

Comencé este libro pensando en el hermano que perdí, y me siento agradecido a todas aquellas personas que me apoyaron en esta larga y exhausta tarea de poner palabras a los recuerdos, de darles voluntad y sentido para que caminen juntas entre estas páginas antes desnudas y perplejas pero ahora rebosantes de significados.

Agradezco muy especialmente a mi esposa, su paciencia, ya que durante años esperó a que diera un orden a mis confusas referencias y anotaciones hasta la conclusión de este relato y soportó mi desesperación, dudas e incertidumbres cuando no supe como continuar, y sobre todo por las incontables ocasiones en que le dediqué más tiempo a este libro que a ella.

A ti Cristina, mi cariño sincero y profundo amor.

Prólogo

...”La arqueología además de ser una ciencia y un arte es una aventura, una aventura espiritual y física...”

El mundo de la Arqueología. C. W. Ceram, 1965

Arqueología...

Un puñado de hombres cavando con picos y palas durante meses, incluso años, con la única certeza de que está ahí debajo. Puede que algo así nos ocurra cuando ahondamos en cada uno de nosotros para descubrir que después de mucho buscar, todo estaba aquí, estaba desde siempre.

Me sentí así por primera vez al hojear las páginas del LIFE de 3 de noviembre de 1958 “Secreto de un bosque tropical”. Habían encontrado Tikal, en Guatemala, las fotografías correspondían a uno de los diafragmas más prolíficos en imágenes de la naturaleza, el fotógrafo Fritz Goro. Además de la belleza de sus instantáneas quedé también cautivado por el lenguaje, frases como: “El bosque húmedo tropical envuelve las tierras bajas de Guatemala septentrional con una densa maraña que le da el aspecto de una selva primigenia nunca hollada por el hombre. Hace mil años se alzaba allí la metrópoli de Tikal”...

“Emplean machetes y hachas para desbrozar el terreno y excavan y limpian con palas, azadas y escobas de paja. Cuando cortan los árboles que han crecido en las pirámides dejan raíces más profundas para evitar que los templos se derrumben... bajo el calor sofocante en la espesura, entre enjambres de insectos, escorpiones, serpientes y vampiros...han descubierto algunos jeroglíficos mayas más perfectos encontrados hasta hoy...”

Tikal, Guatemala , LIFE, 3 de noviembre de 1958

..."El agua de la fuente sagrada de los sacrificios tiene un color oscuro y es muy turbia; a veces su color pasa del pardo oscuro al verde jade, e incluso a un rojo sangre...y es tan turbia que refleja la luz como si fuera un espejo"...

El camino de la fuente sagrada. "Dioses, tumbas y sabios". C. W. Ceram, 1953

Pensé inmediatamente en lo mucho que me habría gustado compartir ese momento, estar allí y formar parte de la expedición, sin saberlo, una semilla estaba germinando dentro de mí, aunque la tierra ya estaba antes: Julio Verne, Daniel Defoe, Robert Louis Stevenson, Jonathan Swift, Enid Blyton, Mika Waltari, Astrid Lindgren... maravillosas lecturas y personajes de aventuras entre el elocuente silencio de bibliotecas, librerías y las clases de literatura del profesor Quílez.

Todos esos relatos de la infancia me enseñaron algo; que aquellos inhóspitos lugares rodeados de selvas, fabulosos tesoros y arriesgados viajes me estaban esperando, solo tenía que aproximar la tinta a un papel y revivirlos. Para ello reuní algunos personajes –no fue fácil-, varios adultos y seis jóvenes de todo el submundo que me arropaba. Así, frase a frase, página a página cada uno de ellos cobraban vida en un relato que me apasionó escribir y que espero que produzca el mismo efecto en vosotros. Ah..., y recordad que todos tuvimos diecisiete años, temores, recelos, y espíritu de superación, cualquiera de los personajes podría ser tú mismo.

Escogí México porque siempre me he sentido atraído por su riqueza cultural, una historia de más de tres mil años y que es hoy patrimonio de la humanidad.

Los mayas estaban obsesionados con el tiempo, en esto se parecen mucho a nosotros, lo reflejaron en su escritura de ideogramas y su concepción del mundo, a ellos les debemos grandes conocimientos y pequeños placeres como el cacao, cuyas semillas fueron las monedas de antiguos comerciantes a la llegada de los españoles. Pero esto, fue hace mucho tiempo.

Sobrevolar el Atlántico en 1963 a bordo de un viejo hidroavión con seis jóvenes fue toda una proeza de, cómo diría Santiago "una total imprudencia". Pero lo hicimos y encontramos la ciudad perdida y también su secreto mejor guardado, aunque lo cierto es que ella nos encontró a nosotros.

Bueno, ahora que todo está a punto de comenzar, solo me queda preguntarte:

¿Sobrevivirás a este viaje?

Besos de guirnaldas parpadeantes

Conocí a mi tío Santiago cuando tenía doce años. Antes de eso, no le había visto nunca. Fue durante el entierro del abuelo, una presentación sencilla, mi padre lo condujo hasta mí como si fuera necesario y me dijo:

—Giner, este es tu tío Santiago —Inmediatamente pensé: “¿qué clase de familia éramos para distanciarnos de esa manera?”

Lo que pasó después es que mi padre le miró muy severamente, yo conocía bien esa mirada, era la misma que me dedicaba antes de una reprimenda o de un castigo. Santiago solo me sonrió y luego se alejó esquivando el discurso de mi padre y dejando atrás las marchitas flores alicaídas sobre jarrones de cementerio, se alejó sin importarle otra cosa que salir de allí lo antes posible. Después de aquel día, intenté volver a verle, nadie trataba a mi padre como a un igual y sin embargo él no se había dejado intimidar por la dureza de su áspero carácter. Ese sencillo gesto me cautivó. En aquel momento me pareció, un acto muy valiente.

Siempre me había sentido como si nuestra casa fuera el cuartel general de la legión y mi padre el comandante en funciones. Normas, horarios, prohibiciones, advertencias o castigos parecidos a los arrestos domiciliarios.

Han pasado unos cuantos años desde aquella tarde en el cementerio y hoy me he sentado delante del diario de un viaje, una caja repleta de antiguas fotografías y un

grueso paquete de sedosos e impacientes folios blancos. También había preparado una taza de manzanilla con miel, como me había enseñado la abuela Julia en las frías tardes de lluvia. Cerré en ese momento los ojos como si estuviera preparando mi corazón para una íntima plegaria y esperé a que algo así como la esencia transmitida por las imágenes y los recuerdos me invadieran o me insuflaran algo de su carismático aroma de inspiración. La taza humeaba en mis manos recorriendo con su reconfortante calor cada pequeño vello de mi espalda.

Y todavía con los ojos cerrados: —“Tengo un relato que escribir”, —pensé. Y después me arrojé al blanco desafío de unas hojas llenas de hormigas que deberían ser letras. Solo una lágrima se interponía entre la bruma de la memoria y la trémula confusión de las teclas de una vetusta máquina que antes escribía y que ahora golpeaba torpemente frases mezcladas de desaliento y esperanzas que consideraba perdidas o agotadas. —“¿Qué saldría de todo esto?”, —me pregunté, y sin saberlo mis dedos iban sin mi al reencuentro de las páginas, de las vertiginosas hojas que contendrían en esencia toda la ansiedad, emoción y dulce melancolía de un volver hacia atrás, o quizá hacia mí mismo reviviendo los momentos y voces del ayer. De volver al inicio de aquel viaje del que desde entonces calladamente me sorprende un húmedo vapor, como neblinas al amanecer. Unas nubes que reposaban cerca de mis ojos cuando mirando hacia donde nadie pueda verme corretean temblorosas las primeras líneas de esta historia, de esta aventura que empezó así...

Barcelona, invierno de 1953

Era el atardecer de un miércoles a finales de diciembre, las hojas caían de los árboles llenando el suelo de crujientes pisadas. Ese día había

amanecido con las calles empapadas de humedad. Serían casi las seis cuando se dirigía a casa, pensativo, tarareando una pegadiza melodía navideña. Aumentó la velocidad al cruzar desde Gracia hasta Sant Gervasi, por lo que debió llegar en dos canciones. Las ruedas del Biscúter trinchaban la hierba de la cuneta al entrar en el viejo garaje trastero. Las inacabables estanterías le envolvieron con su multitud de cacharros y objetos que nunca necesitó, no es que no tuviera tiempo de ordenar sus cosas, sino que simplemente no quería recordar lo que evocaba en él cada uno de aquellos objetos.

Al quitar el contacto todavía se balanceaba la lámpara del techo alumbrando de un lado para otro los rincones de aquel oscuro museo de los horrores. Algún objeto había caído tras la puerta del vehículo obligándole a salir retorciéndose como una salamandra y confiado cerró de golpe. No debía de haberlo hecho. Detrás de sí un extraño ruido le hizo contener la respiración y al girar, la pelota de baloncesto le golpeó en la cabeza. En cuanto pudo abrir un ojo se abalanzó sobre él una palangana, las mangueras, un paquete de polvos contra las hormigas, el álbum de cromos "Maga" con su frasco de pegamento de arroz, además de su colección de "La risa, remedio infalible" del Reader's Digest, las ruedas de la irreparable bicicleta, los juguetes de latón del abuelo Eloy y aquel polvoriento cuadro con un texto en punto de cruz que decía: "Hogar, dulce Hogar". Estaba decorado con unos pollitos amarillos y unas mariposas que ahora revoloteaban por encima de su cabeza mientras temía parpadear para no morir sepultado en su propia casa. De pronto sonó el teléfono e intentó librarse del caos y subir cuanto antes las escaleras, pero resbaló sobre el empinado descansillo manchándolo todo de polvo para hormigas con pegamento. Unas bolas de alcanfor rodaban saltando los peldaños y produciendo un sonido parecido al de un xilófono tocado por un aprendiz, o un collar de perlas que se rompe precipitando sus redondas burbujas sobre un frío suelo de marmolina.

Llegó casi a tiempo, con una zapatilla menos, jadeante y una antigualla de hojalata en la otra mano, no sabía cuál de las dos cosas acercarse al oído hasta que sonó su voz. En ese instante el comedor se llenó de luciérnagas y guirnaldas parpadeantes, era un susurro de miel interpretado por los ángeles que concluyó con un hiriente pitido metálico.

Solo disponía de treinta y dos minutos para la cita y subió a su cuarto a cambiarse de ropa y asearse un poco, su abuelo le había enseñado que no era lo mismo llegar a tiempo que llegar con tiempo y que lo que siempre debía evitarse era hacer esperar a otros y mucho menos si se trataba de una dama. Mientras se vestía apresuradamente, se reprochaba a sí mismo no ser más ordenado, se pierde tanto tiempo cuando algo no está

en su sitio, no podría entretenerse pensando en qué debía ponerse, así que cogió lo primero que tenía a mano y se lo puso mientras se secaba la cabeza.

Acudió a su encuentro como un niño acude a su primera cita. Ella tardaba, porque era lo natural para exprimir los minutos en el pequeño espacio de su reloj mientras el hielo aguaba el vermut. El silencio anunció su llegada, la música y la gente caminaban más despacio, dentro de un eco de celofán, y sus ojos y sus labios le miraron y le besaron. El mundo se había detenido. No pudo recordar cuanto duró ese instante, pero sí supo que sería eterno, que sin importar lo que hiciese ni donde estuviese, ese momento permanecería para siempre en su memoria.

Abandonaron la populosa terraza del café Zurich en dirección a las ramblas, Carlos, el camarero de chaquetilla blanca y pelo engominado les deseó felices fiestas y una agradable noche. Todo parecía estar dispuesto para que lo fuera. Los árboles estaban adornados con motivos navideños y los jóvenes universitarios ofrecían villancicos a cambio de alguna propina. Los niños intentaban caminar al paso de sus padres sosteniendo pequeñas bolsas de caramelos. Todo el ambiente era cordial y la gente sonreía al saludarse.

Irene estaba muy emocionada, no era una cita, era “La cita”, y la había esperado durante mucho tiempo. Esa noche podría ser “la gran noche”; la ocasión deseada, el momento en que él le abriría por completo su corazón y le confesaría que le amaba tanto que estaba dispuesto, si ella accedía, a vivir a su lado el resto de su vida, el instante de mayor intensidad se produciría cuando le entregase su regalo o cuando dijera algo que pudiera transmitirle a ella toda la confianza y seguridad que tanto deseada. Había recreado en su mente multitud de formas y maneras en las que se le declararía, algunas muy formales y serias, en cambio, otras más geniales y disparatadas. Sus amigas solían parodiar el hipotético momento representando la pantomima de temores y desmayos por doquier. Julia, parpadeaba teatralmente con una mano debilitada sobre su frente, adornada con los bajos de una cortina a modo de cola nupcial, mientras tanto, Luisa, le ofrecía un plumero que sustituía a un romántico ramo de flores. Toda la coreografía pretendía representar el día de su boda sin reparar en detalles. Daba igual si no había una joya costosa que lo atestiguara, con una bisutería sería suficiente, quizá una pequeña circonita, incluso se conformaría con una sencilla y original declaración de amor escrita en un papel cualquiera, aunque no fuese de rodillas, aunque tuviera que leerla en lugar de recitarla de

memoria, aunque él no hubiese escrito esa poesía y la copiara de un antiguo libro. Aunque fuera así se conformaría.

Compraron unas castañas calientes de camino, ella estaba tan radiante, decidida a que nada ni nadie se lo fuera a arrebatarse lo sujetaba con fuerza, se había apoderado de su brazo, y él no podía ni siquiera arreglarse el sombrero. Comían las castañas alegremente, el evocador ir y venir de las olas derramándose sobre los espigones del puerto añadía la melodía precisa al compás de su impaciente corazón, como un largo adagio los minutos se esparcían por la partitura de una vida que ahora comenzaba, y cuando él cogió aire para hablar, al parecer de manera solemne, ella notó que se le entelaba el aliento, que le picaban las costuras de su vestido y la humedad del mar mojaba sus centelleantes párpados que no pestañeaban.

—Irene, tengo algo que decirte...

—Irene no respondió, sencillamente no podía, todavía no. Y se situó delante de él, muy cerca de él, para no perder ni un solo detalle. Sus ojos reflejaban todas las luces de la ciudad. Eran los ojos de la alegre esperanza recompensada, la mirada de un labrador el día de la cosecha, el primer fruto de una larga espera. Cada instante que Irene había invertido en hacer que prosperara esta relación era un tiempo que su corazón no podría sumar como si fuera un balance matemático. Para ella todo lo que había hecho era incontable; tantos momentos compartidos, ocasiones que ella misma suscitó para incentivar la escasa imaginación e iniciativa de Santiago, momentos entrañablemente felices, cosas que solo ellos sabían. Cosas como el sabor de los besos, el aroma de las ausencias, la textura de su piel en su cuello cuando el sol de la tarde lo llenaba todo con su jugo de naranja.

Santiago recuperó el pulso:

—Irene... tengo que irme a México para un importante trabajo. No te he dicho nada antes porque aún no había nada confirmado, se trata además de un viaje de incógnito..., nadie puede saberlo.

Creemos haber encontrado la ubicación exacta de un yacimiento arqueológico que podría ser el más importante después de Tutankamón. ¿Te imaginas?...

Ella, tardó casi ocho segundos en reaccionar, después sintió el impulso de abofetearle, era un deseo tan intenso, que no pudo reprimirlo y lo hizo. Lo hizo con toda la rabia y la

fortaleza de su humillada autoestima. Una anciana asomó en ese momento para barrer el portal de su casa, pero volvió a entrar encogiendo los hombros como si también le hubiera dolido a ella. No quedó ni una sola paloma en las inmediaciones de las ramblas que no hubiese huido asustada.

Él aguantó sin inmutarse, habría puesto en ese momento la otra mejilla y hasta el cuello si hubiera sido necesario con tal de que la decepción se borrara del rostro de su amada Irene:

—Perdona, no sé qué me ha pasado, disculpa. —Irene soplaba sobre su ardiente mano.

—¿Vas a irte a México?, ¿Cuándo te vas?

—El avión sale el próximo miércoles —respondió Santiago con voz dubitativa.

Irene detectó algo de resignación en sus palabras, había dicho “tengo que” irme. Necesitaba comprender hasta qué punto necesitaba hacerlo, le costaba mucho esfuerzo imaginar por qué era tan importante para él este viaje y sin embargo:

—¿Me llevas contigo? —le dijo ella entre la angustia de la añoranza y la impaciencia por arreglarlo.

—No puede ser, cariño, créeme es demasiado peligroso. Lo es incluso para nosotros.

—¿Pero entonces?... ¿Cuánto tiempo estarás allí?

—No puedo precisarlo ahora, quizá medio año o posiblemente algo más.

—Medio año es mucho tiempo y México está muy lejos. —Respondió Irene como alguien sentado delante del médico recibiendo la noticia de su inevitable enfermedad.

—Lo comprendo —Santiago intentaba ponerse en su lugar, —puedo entender cómo te sientes, déjame que te lo explique...

—No tienes nada que explicarme; ¿Que me expliques? ¡México, Tutankamón! No sé qué es lo que pretendes explicar, ya te dije...

Santiago odiaba todas las frases que comenzaban con las palabras “ya te dije”.

—Ya te dije, que no hace falta que vayas a ningún sitio a descubrir nada. Aquí tienes todo por descubrir, todo lo que necesitas, una oportunidad de labrarte un futuro, de que ambos vivamos algo hermoso, pero tú no escuchas a nadie, tú te crees que lo sabes todo, pues no tienes ni idea... precisamente hoy... ¿supongo que tampoco recuerdas qué día es hoy? —La pausa de Irene sería breve, para una secuencia en su atropellada reflexión. —¿Por qué me escribiste todas aquellas cartas si no te interesaba estar conmigo? Para que lo sepas, tus poesías son una cursilada, no quiero que vuelvas a escribirme nada más, hazme el favor de pasar por casa cuando yo no esté y recoger tus

cartas, no las quiero. Tienes hasta el miércoles, si no te las llevas, las arrojaré a la chimenea.

—Irene, yo nunca te he ocultado nada, cuando nos conocimos, ya sabías a que me dedicaba, los arqueólogos deben viajar, lo que yo no imaginaba entonces era la influencia que tú tendrías en mi vida, pero debo seguir este rastro en México, no puedo darle la espalda a las evidencias, yo te quiero, pero creo que nunca lo has entendido, nunca comprendiste lo que la arqueología significa para mí.

Irene mordía su labio inferior en un tic, un punto en el que concentrar el escozor de su herida y toda la rabia de sus crispados sentimientos, ahora le estaba diciendo que ella estaba siendo injusta y que no entendía nada:

—¡Santiago! Estoy, no lo puedo creer, rogándote que te quedes o que me lleves contigo. El amor tiene que ser algo más que una tonta como yo suplicando que te quedes, tiene que ser algo más que esto. —Hizo una aséptica pausa, que él no supo aprovechar, estaba como bloqueado y ella volvió a recuperar la voz, los labios le temblaban:

—¡No quiero saber nada de tus estúpidas aventuras! Por mí puedes irte a México o a Indochina.

Escuchándola hablar así, el tono amenazante de sus palabras, todo sonaba a ultimátum. Si él hubiera sido un estúpido engréido, un egoísta que no iba a permitir que nadie coartara su libertad, que nadie coaccionara sus decisiones a las que tenía absoluto derecho, si hubiera pensado tanto en sí mismo acentuando su amor propio, herido e incomprendido hasta el punto de sentirse amenazado, habría sido él quien hubiera lanzado una andanada de reprobaciones.

“Mi vida, mis intereses”, —pensó Santiago “mi derecho”. Tenemos derecho a hacer lo que queramos, pero no todo nos conviene, tenemos derecho a tomar nuestras propias decisiones, pero no tenemos derecho a hacer daño a quien amamos. Se sintió sin fuerzas para responder, por lo menos no en ese momento, sin embargo recuperó el hilo de la conversación:

—Cariño, trata de entenderlo... por fin se nos ha puesto delante la oportunidad de nuestras vidas, es el proyecto más atractivo que podríamos emprender. Esta vez sí...

—¿¿Hemos?! ¿Quiénes son los otros?, es igual, casi prefiero no saberlo.

—Bueno,... lo hemos preparado entre Jaime y yo.

—¡¡Jaime!! Ese descerebrado, ¿es que no sabes que es un lunático, un tarambana mujeriego? Cómo puedes confiar en él si no es capaz ni de encontrar las llaves de su

casa. ¿Cuántas veces te ha llamado y estando ya en pijama has tenido que ir hasta su casa para abrirle la puerta?

—Seguro que esta vez lo conseguimos, esta vez será diferente, es el descubrimiento de nuestros sueños... —respondió Santiago

—¿Tus sueños?, pisa suelo, Santi. Tus sueños, como los de mi padre, están demasiado lejos. No tenéis consideración de los que se quedan. ¡Tus sueños!... ¿Acaso estoy yo en tus sueños? Santi, por favor, madura, céntrate.

Visto desde cierta perspectiva podía parecer una reacción desmesurada, al fin y al cabo se trataba solamente de un viaje de unos pocos meses, podría parecerlo si no fuera porque precisamente hoy se cumplirían cinco años desde que iniciaron su noviazgo. Irene se sentía profundamente decepcionada, tenía que hacer esfuerzos para contenerse, pero no pudo y comenzó a llorar. Sabía que tanto esfuerzo por reprimir las lágrimas, al final le haría más daño que el propio llanto, pero a pesar de ello se sentía mal y ridícula consigo misma por que ahora además estaba llorando. Él alcanzó su brazo para calmarla, pero ella lo retiró otra vez bruscamente. Se alejó unos pasos pero luego retrocedió y volvió hasta él, se acercaba muy despacio. Estaba agitando la mano dolorida como un levantador de pesas en el precalentamiento. Su contoneo era muy femenino casi sensual. ¡No!, definitivamente era muy sensual. Después de la bofetada, a Santiago le ardía la cara, era un escozor palpitante y áspero al principio de la barbilla y después un aceite hirviendo en su párpado izquierdo. Ella continuó aproximándose y él aguantó sin arrugarse. Irene no volvió a abofetearle, en lugar de ello le rozó con sus labios erupcionando después en un intenso mar de lava sobre su boca. El corazón de Santiago palpitaba estruendosamente pidiendo más, mucho más, mientras ella buscaba el lóbulo de su oreja que mordió jugueteando como una niña traviesa, pero después, inesperadamente llegó el susurro de su voz:

—Este ha sido el último beso, Santiago. No quiero volver a verte en la vida.

Esto último lo dijo arrojando el cucurucho de castañas al suelo:

—¿Sabes una cosa?, ¡espero que te quedes allí para siempre! —Ahora, arrojó los pendientes que le había regalado en el primer aniversario y que se colaron por la rejilla del alcantarillado ante la atónita mirada de Santiago.

No había vuelta atrás, el daño ya estaba hecho, incluso si ahora reconsideraba lo de ir a México y renunciaba al viaje, ella ya se había decidido. Irene no podía competir con el

deseo de aventura que borboteaba en los labios de Santiago, en sus palabras tan llenas de promesas y proyectos que casi jugueteaban con la ficción. Se había creado una fractura entre ambos y ahora Irene, ni siquiera deseaba volver a verle, solo su voz ya le irritaba, pero lo peor era haber sido tan ingenua para creer que hoy le declararía su amor: —“por qué seré tan estúpida”, —pensó. Y además había llorado, lo cual le contrariaba mucho más porque evidenciaba debilidad de sentimientos, ella era joven, sí temperamental, pero también culta, atractiva, la vida no podía ser solamente sufrimiento y esperanzas rotas.

Santiago no bebía, pero un impulso incontrolable le condujo a una licorería y comprar una botella de ginebra que comenzó a tomar a pequeños tragos, era un absurdo error, pero no se sentía muy coherente, qué más daba todo, se la bebería entera. Le ardía el esófago como el cepillo de un ebanista puliendo la madera y por si fuera poco comenzaba a llover. La inoportuna lluvia no conseguía ser lo suficientemente compacta con sus finos hilos entramados hasta el punto de convertirse en un telón que se cerrase como una última secuencia de cine mudo.

Irene se iba no solamente de allí, sino también de su vida.

Se repetía a sí mismo: —“pero si yo solo quería”... —Lo que él quería se había convertido en una absurda ingenuidad, no supo demostrar la suficiente empatía como para preveer algo así, no supo anticiparse.

Todo se derrumbaba estrepitosamente, todo ardía en un fuego inextinguible. En un momento así tenía que haber llamado a Jaume, pero no lo hizo, estaba convencido de que ni siquiera él comprendería como se sentía. Era difícil, un conflicto personal repleto de inseguridad, malentendidos, expectativas erróneas, dudas, decepción. Él no se había enamorado nunca, no lo entendería, además la culpa era suya, de él y su ambicioso viaje a México. ¿Qué se le había perdido en México? En Barcelona tenía posibilidades de vivir una vida con significado, en México no había ninguna garantía de nada, pero qué significado podía tener la vida para él si renunciaba a arriesgarse. El corazón, ese gran traidor que convive en cada uno de nosotros quería abandonarle en el suelo del olvido.

Irene había heredado de su madre ese carácter poco maleable y él ya había tenido su oportunidad para explicarse, ya había escuchado su discurso de elogios sobre Yucatán, Santiago no podía ahora desdecirse alegando una torpeza sin límites y una repentina

enajenación. Sus expectativas se habían desvanecido y ella no se conformaría con un “lo siento, me he equivocado”. ¿Qué es lo que había hecho?, una insignificante piedrecita comenzaba a rodar por la ladera nevada de una pendiente montañosa hasta formar una gigantesca bola capaz de arrasar todo lo que se interpusiera en su camino. Su frase, “me voy a México”, era la piedrecita, la bola de nieve fue todo lo demás.

La estatua de Cristóbal Colón como un grotesco guiño del destino seguía señalando la dirección de su próximo viaje. Mirando hacia arriba cruzó la plaza tambaleándose, en ese momento, una calesa tirada por dos caballos oscuros retozaban con una pareja de alegres enamorados que visitaban la ruta romántica de la ciudad, una ciudad que para él ya no era la misma.

—Aparta de en medio ¡borracho! —le recriminó el cochero tratando de esquivarle. Volvió al muelle y recogió las castañas ya frías que estaban esparcidas por el suelo. Después comenzó a arrojarlas contra el agua, pero el mar no tenía la culpa. Cuando solo le quedaba una la besó porque esta última todavía conservaba su característico olor a perfume y la guardó en su bolsillo donde debe permanecer hasta el día de hoy.

Las golondrinas del puerto, amarradas delante del edificio de aduanas de los carabineros del mar descansaban de la intensa actividad diaria. Llovía copiosamente mientras que un saxofón rezumaba lamentos desde los espigones, la música no era para él, la lluvia no era para él, pero las había hecho suyas como si las necesitara desesperadamente. No se consideraba así mismo nada, simplemente era él y ella el resto del mundo, ella era el resto del infinito mundo y la razón para habitarlo. Le dijo que no quería volver a verle...

A pesar de su brillante recorrido por la arqueología, Irene deseaba que Santiago no cometiera los mismos errores de su padre, no quería sufrir la misma tristeza que acompañó a su madre durante toda su vida, la de una mujer conformista, casada con un hombre errante que casi nunca estaba en casa y que cuando pasaba breves períodos con la familia, su mente divagaba abstraída en sus cálculos, sus estudios y proyectos. Era irritante que durante su estancia se comportara como un extraño. Reía a destiempo, contestaba lo que no le preguntaban y siempre llegaba tarde a todas partes sin traer lo que se le había pedido.

El padre de Irene era un gran ausente y ella apenas había disfrutado del calor y la ternura que normalmente ofrecería un padre cariñoso a su única hija. Irene no estaba dispuesta a

pasar por lo mismo, ya sabía de qué iba esta historia. Por eso había insistido tanto para que Santi aceptara el puesto de administrador en la ferretería que regentaba su familia en la calle Aragón. Pero Santiago no se veía así mismo vendiendo tornillos y telas metálicas para jaulas de conejos. Sus aspiraciones eran otras; “el gran descubrimiento” que le catapultaría a la fama y a la fortuna. Luego podría retirarse, dar clases y presumir en determinados círculos de su prestigioso descubrimiento ocupando un lugar en los altares de la opulencia. Además, él era arqueólogo, ella ya le conoció ejerciendo la arqueología, y esto implicaba viajar. Pero en la España, de finales de los años cincuenta, un arqueólogo no era menos esperpéntico que un comediante del mundo de la farándula interpretando pequeños papeles de autores clásicos, un actor arrastrando un carromato de pueblo en pueblo, ¿quién podía vivir de eso?, incluso un maestro de escuela se ganaba mejor la vida. Y él lo sabía.

Sin embargo ahora, ya de madrugada y mientras se agitaban los tensos cabos golpeteando en los enhiestos mástiles, Santiago sentado al lado de una botella casi vacía de ginebra comprendía entre lagunas de melancolía y repentinos atisbos de cordura que la vida le había colocado en un tablero en el que había hecho un movimiento en falso. Hizo una elección equivocada y quedó expuesto a la vergüenza. Lamentaba su lentitud en decidirse, su egoísmo petulante y torpeza sin excusas. Lo único que le quedaba era una fotografía de Irene posando con un paraguas, una castaña fría en el bolsillo y un viaje que emprender al que nadie vendría a despedirle. Había puesto todas sus expectativas en esta aventura como si fuera la única oportunidad de su vida, no sabía explicar por qué, pero necesitaba hacerlo, no podía rechazarlo, como un hombre que se hunde en la inmensidad del océano no rechazaría un salvavidas. Últimamente sentía que se ahogaba en Barcelona y que los pies se le dormían, demasiada rutina. Tenía la impresión de que era como un maestro jardinero que únicamente practicaba con unas pocas macetas en el patio de su casa, todavía era joven y le esperaba todo un mundo por descubrir. Si volvía habiendo triunfado; todo lo demás se justificaría, habría perdón, tolerancia y reconciliaciones. No era nada nuevo, ¿cuántos hombres antes de él habían cruzado el Atlántico para hacer fortuna? Como había hecho Facundo Bacardí, quien emigró con solo catorce años desde Sitges hasta Cuba trayendo la fórmula de su caña de azúcar para destilarla en unos viejos alambiques de Barcelona. El ron del murciélago que después llevaría su nombre le permitiría prosperar como habían hecho otros, muchos de aquellos indianos que a su vuelta edificaron las suntuosas casonas coloniales del paseo marítimo ribeteado por las palmeras de Sitges. Los indianos, emigrantes, que regresaron de América, o como algunos les llamaban entonces; de “las indias”, fueron a mediados del

siglo XIX los mecenas de una Barcelona en constante expansión. Con una buena parte de sus fortunas se construyeron colegios y hospitales, se restauraron consistorios y carreteras e incluso se financiaron las fantasías arquitectónicas del maestro Gaudí. Hacia el año 1830 Gaudí todavía recibía suficientes ayudas económicas del empresario textil Eusebio Güell, desde Cuba, que le permitieran proseguir con sus originales creaciones. Lo que hizo Gaudí con el dinero fue asombroso. Su legado y su arte nos precederán a todos nosotros, al fin y al cabo solo se trataba de dinero, solo era papel. Santiago pensó en todo el que necesitaría para cumplir sus sueños. Quiso creer en los cuentos de aventuras, pero la vida, o como todo en la vida, genera desgastes. Las historias se desgastan y nosotros también lo hacemos porque humanamente no hay soluciones perfectas, no las hay hoy y todos nos equivocamos en las formas, en los conceptos y todo ello tiene consecuencias como semillas que crecen y dan frutos incluso donde no las sembramos.

Santiago había reservado mesa en el Rialto para la noche de navidad. El baile de esa velada sería amenizado por la orquesta Casablanca y el conjunto Player's. pero antes de ello irían al Florida, que tenía una pantalla semipanorámica; proyectaban una película de risa sobre una mula llamada Francis que mantenía divertidas conversaciones con su dueño. En la apertura de la sesión, el NO-DO informaría de la visita de Nixon a tierras asiáticas y de cómo las Naciones Unidas detenían en ese continente la influencia del telón de acero ruso....

Tenían planes para esa noche y para el futuro, pero Santiago en un solo microsegundo había sido vencido por la tragedia y ya no tenía nada. Toda la noche rondando las tabernas del puerto entre marineros que naufragaban en alcohol, mujeres de los suburbios que quisieron ofrecerle sensaciones libidinosas y gaviotas que no dormían le habían aplastado sobre un manoseado banco de la plaza Real. Jaume (Parker) lo había estado buscando toda la noche, y al verlo allí tendido y desvalido se lo llevó a su casa y lo acostó para que descansara, en cierto modo se sentía responsable de todo lo sucedido, Santi hablaba en sueños y sudaba febrilmente.

Parker lo incorporó sobre la almohada ofreciéndole un café muy cargado:

—¿Ya se lo has dicho, cómo te ha ido?

—Primero me ha dado una tremenda bofetada, después me ha pedido perdón y también que le lleváramos con nosotros. Le he disuadido porque es un viaje muy peligroso. Luego

me ha besado y me ha asegurado que sería el último beso y que no quería volver a verme nunca más, aparte de todo esto, se diría que ha ido bien teniendo en cuenta de que todavía estoy vivo. —Santiago se sentía todavía muy mareado por la odiosa ginebra: — Me he esforzado mucho para que esta relación funcione, pero evidentemente me he equivocado. —Parker le ofreció un par de aspirinas y luego:

—Se que lo sabes pero que a veces no lo recuerdas. Lo importante es el empeño que pones en las cosas. Los resultados se los dejamos a los analistas y tecnócratas, nosotros necesitamos la sencillez para sentirnos mejor. Y lo más sencillo es equivocarse. Espero que nunca tengamos que renunciar a nuestras pequeñas equivocaciones, nos han enseñado la mayor parte de las cosas que sabemos.

Santiago apuraba la taza mientras tragaba una aspirina, su cabeza parecía estar dentro de una campana a las doce y tenía ganas de vomitar, no de mantener una conversación filosófica: —Todo lo que me ha pasado hoy no son pequeñas equivocaciones, ha sido algo peor, mucho peor. Creo que no he aprendido nada y además de la tristeza que siento ahora, tengo la sensación de que todo lo he hecho mal desde el principio. ¿Cómo sé que no me estoy equivocando?

Parker quiso responderle: —Nunca te ha importado correr riesgos. ¿Por qué ahora?

—Ahora es diferente, si pierdo a Irene, lo habré perdido todo.

—En el peor de los casos, todo es siempre demasiado.

Santiago había decidido hablarle claro: —Creo que no lo entiendes, tú siempre has mariposeado con unas y con otras, eres un tarambana, todo el mundo lo sabe, pero yo amo a Irene, y ahora tengo la profunda impresión de haber ocasionado un daño irreparable. Gracias por tu café, pero no quiero continuar esta conversación. —Parker no podía hacer nada, quizá, simplemente respetar su silencio y dejarle descansar.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces y aún me sobrecojo al pensar en las personas y los lugares que no vuelven. Viejas imágenes guardadas en una oxidada caja de galletas. Son las pérdidas en el balance de nuestras vidas. Estamos en deuda con lo que perdimos porque ha hecho que seamos quienes somos.

PRIMERA PARTE

Paseos por el campo

Áreu. Invierno de 1963.

Todo lo que hacemos hoy, afecta e influye en lo que somos, en lo que fuimos, o quizá en lo que nunca seremos. No importa que se trate de cosas sencillas e insignificantes, todo tiene deja su huella en el tiempo. La arqueología ha buscado siempre esas huellas en el pasado. Un hombre afectado por el virus de los sueños cava sin cesar bajo un sol que ablanda las piedras hasta hacerlas maleables con la incierta intención de desenterrar algo que supuestamente está allí o quizá un kilómetro más lejos. El corazón le dice que es aquí, el sudor, que se ha equivocado, las manos doloridas, que ha perdido su tiempo, pero son tantas las cosas que podemos perder que sería una gran pérdida no intentarlo.

No hay respiros en los temores, es como una absurda tragedia griega en la que los dioses no son nada más que lo que nosotros queremos que sean, piedras o divinidades. Actuamos sin saber que hay un después que lucha por superar lo anterior, por vencerlo. Una flor que lucha por encontrar la luz, un animal por no ser devorado, una nube por no disolverse en el olvido... no hay nada que en estos momentos no esté luchando por algo, aunque en la mayoría de los casos todo se reduce a..., sobrevivir.

Ninguna tarea en la que ocupaba su enorme tiempo era atendida por un simple sentido de la obligación, ni apresuradamente, no era necesario correr porque no habría nadie esperándole. Comía cuando tenía hambre y dormía cuando tenía sueño sin importar a qué hora. Si hacía frío no prestaba demasiada atención al agujero del jersey o a que las rayas no combinaran con los cuadros. Su barba parecía un nido de cigüeñas en invierno. Es posible que oliera mal, o que ahora tuviese tierra en las uñas, o que esa mañana se olvidara otra vez los calcetines en la ventana, pero a esto tampoco le daba importancia. Al principio, en el pueblo pensaron que era un vagabundo. Esto fue solo al principio, antes de que comprendieran que el extraño que ahora vivía en la casa del río no era nada más que alguien sumido en un profundo abandono. Se suponía que nadie que había disfrutado de las comodidades de la ciudad podría acabar pareciendo un mendigo. Creían, por la expectación que suscitaba el recién llegado, que podría tratarse de uno de esos artistas extravagantes, un bohemio. Pero el cartero había explicado en la taberna, que no pintaba cuadros, ni esculpía figuras, que ni siquiera coleccionaba sellos; esto último debió decirlo pensando en su propia colección, ya que todos los del pueblo le guardaba los sobres y los sellos. Ya debía tener cientos de ellos, de diferentes épocas y países además de una serie completa del Generalísimo en toda su gama de colores. No eran tan llamativos ni populares, pero también los guardaba.

En la taberna, los feligreses continuaban preguntándose de qué vivía aquel hombre y por qué estaba allí tan apartado de todo. En una cosa tenían razón, era un vagabundo que inquieto y angustiado no cesaba de deambular reconstruyendo tortuosamente lo que habían representado para él estos últimos años. El periplo de su incipiente trayectoria en el mundo de la arqueología era bien nutrido y conocido. Catedrático de Paleontología, Arqueología e Historia por la Universidad de Barcelona. Experto en filología y erudito en lenguas arcaicas. Doctorado en la Universidad de Salamanca y la Universidad de Barcelona. Premiado en prestigiosos certámenes y recibido la banda azul y diploma meritorio en diferentes ciudades españolas. Miembro honorario en el Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland. También de la Hispanic Society of America de Washington. Del Deutsches Archaeologisches Institut de Berlín. Había escrito ocho libros y otros tratados como el monográfico: "Tula; cenit y desaparición". Sus obras se empleaban como referentes en otras universidades de Estados Unidos y Europa. Un vertiginoso recorrido, precoz para sus apenas treinta y ocho años. Pero hasta un niño puede sentirse viejo, que han envejecido sus ilusiones y esperanzas aunque él no pensaba de sí mismo que estuviese completamente derrotado. Un leve punto de luz

blanca en el microcosmos de su existencia todavía parpadeaba negándose a desaparecer, una brizna de hierba entre el asfalto. No..., no había renunciado al deseo de que todo cambiase y que su vida volviera a significar algo. Él era de los que no se rinden, y quizá esto fuera lo peor, porque le mantenía aferrado a una tabla podrida en medio de un océano de incertidumbre con devastadoras olas de desconsuelo que ni la noche más fresca conseguía aliviar.

Sostenía el vaso de leche mirando la insulsa nevera con su insípida claridad. Las parrillas de metal confundían sus ojos cansados sin poder evitar que esa tenue luz se fundiera en un solo hilo conductor hacia sus insomnes pensamientos y que su vaso blanco en su mano blanca fuera nada más que un todo pegado a su cuerpo que ya no reconocía dentro de las mismas zapatillas afelpadas de siempre.

No había fregado los platos ni sacado la basura, no se había comportado como debía. No sabía cuánto duraría enclavado en una fecha que no coincidía con la presente, ni cuando se rompería la hebra de una tejida telaraña transparente que le había apresado sin remedio hasta que llegara el momento de ser la merienda de un enorme insecto. ¿Se podría menguar tanto como para ser alimento de las arañas? Arañas cosidas a su garganta que solo hablaban consigo mismo. ¿Con quién si no? Él lo había decidido así. Hueca soledad y una febril y asfixiante autocompasión.

En Trujillo había dirigido unas excavaciones que la datación del polen y el carbono 14 aproximaron al año 1380, la fecha fue después corroborada por la Facultad de Letras de Tarragona y la academia de Buenas Letras de Barcelona. El filólogo profesor Balcells habría estado orgulloso de él si no hubiese fallecido en septiembre de 1937 en Ginebra. Entre los restos profundamente sedimentados se encontraron fosas comunes de cuerpos amontonados y desnudos. La peste que sin prueba alguna se atribuía arbitrariamente a los judíos había arrasado pueblos enteros. En el agujero fijado como F-238 a la izquierda y a doce metros de las embestidas del equipo, por debajo de la fosa “madre”, una tumba se desprendía oblicuamente del sedimento. Una vez inspeccionado cuidadosamente su estado y liberado la pesada losa que la sellaba; para delicia de los presentes, en su estrecho habitáculo se hallaron indicios de lo que debió ser un caballero templario. Sobre la cota de malla oxidada descansaba un escudo obra de un hábil maestro de orfebrería. Entre dos torres de cuatro almenas y una espada alzada por una mano sin rostro había una inscripción en latín que al traducirla rezaba: “valer o morir”. Este sería un lema que repetiría desde entonces, aunque últimamente no recordaba si él valía para algo. No se

sentía útil ni para atenderse a sí mismo y cada mañana al levantarse evitaba mirarse al espejo nada más que lo estrictamente necesario para no ver en lo que se había convertido.

El viento cambió repentinamente de rumbo y buscó el cuaderno que solía llevar en el bolsillo, uno de sus cuadernos de tapa blanda con cintas de colores. Anotó algunas cosas que incluiría en su próximo libro, siempre que fuese capaz de leer su propia letra ya que desde un tiempo a esta parte los trazos puntiagudos e irregulares de su escritura la hacían ilegible. Y él lo sabía y le molestaba no poder controlarlo. Algunas de esas notas tuvo que transcribirlas decenas de veces como si descifrara unas tablillas de escritura cuneiforme o el sánscrito de los brahmanes. Se observó por un instante la mano que aferraba el bolígrafo y cómo esta temblaba incluso antes de posar la punta sobre el papel. Una vez le dijeron que su letra parecía la de un médico y se molestó tanto que arrojó todos los papeles al suelo y no permitió que nadie los recogiera. Dijo que estaban bien donde estaban, que eran suyos y que él los recogería cuando ¡é! quisiera, luego dio tal portazo que temblaron hasta los cimientos. Escribir era lo único que le ayudaba a sentirse vivo. No fue así siempre, es más, nunca había sido así y se sentía estúpido por no saber contenerse y quedar delante de todos como un orangután sin modales. Llegó al convencimiento de que lo mejor sería irse, no sabía aún a dónde, pero tenía que ser un lugar donde estando solo no causara daño a nadie ni con sus gestos y palabras bruscas ni con sus actitudes irascibles. Había algo que sí le gustaba mucho y era pasear, así es que apoyó sin mirar su dedo índice en el nombre de un pueblo escogido al azar. Lo recorrió en la doblada página de un viejo mapa de Cataluña y pudo ver que después de ese pueblo al norte de Lérida solo había montañas y al otro lado Francia. Sería un buen lugar para pasear, pensó, y con solo dos maletas dejó detrás de sí su vida, sus fracasos y sus miedos. O al menos eso pensaba, pero lo cierto es que si uno no resuelve algo en el lugar donde se suscita, ese momento pendiente formará parte de un equipaje que le acompañará siempre hasta que vuelva y se enfrente. Todo esto es sin duda más fácil decirlo, no siempre es uno tan especial como los cotidianos e imperceptibles héroes cuyas hazañas no se dibujaron nunca en las viñetas de las tiras cómicas. No dejaba nada atrás, se repetía así mismo tratando de auto convencerse. Como otros le decían: “el tiempo y la distancia,... todo lo curan”. ¡Mentiras!. Frases tan gastadas e insulsas como las que se suelen decir para dar consuelo a alguien que no tiene remedio.

En la década de los años cincuenta, el interés por la arqueología había recobrado su auge. De todas partes del mundo se recibían noticias de nuevos hallazgos y las columnas

de los periódicos envolvían por unos minutos a sus lectores en seductoras fantasías sobre tesoros escondidos y viajes exóticos. Aquí en la propia ciudad de Barcelona no cesaban de resurgir vestigios del pasado. En un solar de la Vía Layetana que confluía con la Avenida de la Catedral se iniciaron excavaciones para construir el edificio de la Sociedad General de Seguros Hispania, entre la ruina se descubrieron los humildes enterramientos de una necrópolis paleocristiana. La empresa constructora había comenzado a retirar los primeros escombros en las proximidades de los cimientos de la iglesia de Santa Marta, erigida en el siglo XVIII, precisamente en el mismo solar donde antiguamente se encontraba la Riera de San Juan. Uno de los sepulcros estaba cubierto por un mosaico polícromo en el que destacaban símbolos cristianos del siglo IV. El Instituto Municipal de Historia, con la colaboración de la Delegación Provincial de Excavaciones y un puñado de muchachos del S.E.U, [Sindicato Español Universitario] equipados con palas y piquetas lograron la concesión de un aplazamiento de las obras para proseguir con la investigación. En pocos días se supo que el sepulcro encontrado descansaba sobre un pavimento de mosaico geométrico que debió corresponder a una casa romana derruida en un incendio producido en el siglo II o probablemente III de nuestra era.

Mientras todo esto sucedía en Barcelona, durante la primavera de 1951 se celebraba en la capital el II Congreso Nacional de Arqueología con la asistencia de estudiosos de toda Europa. El marqués de Lorlana, conservador de la sección de Arqueología y Prehistoria del Museo Municipal ofreció las palabras de apertura, ese mismo año importantes egiptólogos canadienses y australianos visitaban el Museo Arqueológico de Montjuïc fascinados por las piezas expuestas y la historia de la ciudad.

En septiembre de 1952 finalizaba el VI curso Internacional de Arqueología y Prehistoria organizado por la Universidad de Barcelona. Cualquier peón de obra que practicara excavaciones en el centro de las principales ciudades españolas podía encontrar restos románicos o de otras antiguas civilizaciones y objetos de gran valor cultural.

El 12 de agosto de 1938, casi al final de la Guerra Civil, el gobierno franquista había creado el SDRPHN, Servicio de Defensa y Recuperación del Patrimonio Histórico Artístico Nacional en el que se consolidaba la figura de los Comisarios de Excavaciones de España comisionados por el propio jefe de estado, la máxima autoridad. Incluso las editoriales, en un intento de saciar el creciente interés de los lectores por las investigaciones arqueológicas publicaron algunos libros de culto como “Dioses, Tumbas y Sabios” La novela de la arqueología, de C. W. Ceram con introducción del famoso

arqueólogo Luis Pericot, alumno de Bosh Gimpera de la Universidad de Barcelona. Costaba 180 pesetas y poco podrían imaginar el éxito de la publicación que superaría posteriormente más de una docenas de ediciones.

Congresos, excavaciones, literatura, cursos, no cabía duda de que la arqueología, como un nuevo aire refrescante que nos asomaba al mundo exterior se estaba haciendo un lugar en nuestra sociedad que apenas once años después todavía padecía las consecuencias de la posguerra.

Santiago había nacido en 1916 y sabía de guerras, la I y II guerra mundial, la Guerra Civil Española, era muy joven entonces y su familia supo encontrar la manera de sobrevivir gracias a la planta del tabaco, el café y la protección de las vides contra la filoxera, no solo aquí sino también en Sudamérica. Básicamente se dedicaban a la biología vegetal y erradicación de plagas, incluso durante las guerras la gente fuma y procura de los vinos los mejores caldos. Todo ello les permitió codearse con un puñado de personajillos de cierto prestigio y diversidad ideológica. Con el tiempo pudieron reunir lo suficiente como para vivir holgadamente.

Santiago nunca encajó en ese estilo de vida incluso ahora se alegraba de que las circunstancias de su vida le hubieran arrojado a esta situación, pensó incluso que en lugar de un mapa tenía que haber dejado girar un globo terráqueo para detener su dedo en otro continente, pero al menos, venir aquí ya era un comienzo, o quizá un final, aun no lo sabía.

Ya habían transcurrido diez años desde que dejó la ciudad con sus multitudes, prisas y ruidos, todo aquello quedó atrás. Convencido de que en Áreu encontraría algo de armonía y un poco de paz mental, accedió a una de las ofertas de aquel catálogo de compraventa que había encontrado en un mostrador de la Boquería. Pocos días después aceptó la oferta del señor Plans, para comprarle una casa a buen precio, una ganga. Todos pensaban que el señor Plans nunca la vendería y las apuestas estaban de diez contra uno, sin embargo Josep Plans estaba convencido de que algún incauto picaría. El tejado tenía tanta pinaza que habían crecido setas de tres variedades y las puertas crujían casi tanto como las criptas de un cementerio, pero la casa estaba rodeada de nadie y esto la hacía perfecta, perfecta para él. El propietario se consideró bien pagado y abandonó apresuradamente al nuevo inquilino delante de una verdadera ruina peor cuidada que sus propias vaquerías, los graneros, o los corrales de sus lustrosas gallinas. La mosquitera se desclavó del marco de la puerta enrollándose sobre sí misma estrepitosamente sin ni siquiera haberla tocado y él alargó las dos maletas que cayeron

pesadamente sobre un felpudo incrustado en el suelo del porche. No tenía que haberlo hecho porque la nube de polvo que ahora se había levantado le obligaría a limpiar otra vez sus gafas.

Era la segunda vez que veía la casa, la anterior fue en una foto que, ahora caía en la cuenta de que tendría más de veinte años, la segunda hoja del tríptico incluía un pequeño dibujo con la distribución. En cuanto encontró el dormitorio se desplomó sobre la cama hundiéndose en un colchón de lana recuperada de otros colchones supervivientes de la guerra. ¡Dios mío!, ¿que habría sido de todas aquellas personas que habían descansado antes sobre ellos? Oía a humedad, y a queso putrefacto. Un grifo goteaba, unas ramas golpeaban una ventana, pero Santi, derrotado, enseguida se dejó vencer por el agotamiento.

El Dr. Buxó solo le había insinuado que —“quizá se trate de una deficiencia vitamínica acompañada de trastornos de ansiedad y un “inicio” de depresión que”... no le dejó terminar su diagnóstico. —¡No tengo tiempo para depresiones, usted me confunde!, —le respondió. Se sintió como si tuviera que defender una fortaleza y no quería, no podía reconocer ningún indicio de lo que él entendía absurdamente como “síntomas de debilidad”... el preámbulo del manicomio. Después le fue fácil rechazar todos los consejos que no había pedido e inconscientemente también a las personas que se los habían dado.

Despertó sobre las siete de la mañana sobresaltado por los ruidos que procedían de la cocina. Todavía vestido con la ropa de viaje bajó casi a tientas para averiguar de qué se trataba. Un vidrio roto en la ventana permitía la libre entrada a una ardilla que se había adueñado de la cocina. El suelo estaba lleno de cortezas de frutos del bosque, bolas de ciprés raídas, nueces, bellotas y toda suerte de cáscaras amontonadas entre cacerolas y pucheros. Muy sorprendida ante la visita, la ardilla se detuvo con los finísimos pelos de sus puntiagudas orejas en posición de alerta. Él recorrió de un vistazo todos los detalles de aquel asombroso desorden con cierto aire vehemente. Ahora tendría más cosas que limpiar, más cosas que hacer que no le apetecían y ya comenzaba a arrepentirse de haber venido. Lanzó una mirada de desdén a la intrusa y se fue a pasear. Las maletas todavía estaban sobre el felpudo. Las empujó con el pie hacia dentro y cerró con cuidado una puerta que se resistía a moverse. Todo lo que cabe en una maleta..., si tuvieras que recoger todo, todas tus cosas, tu vida, y ponerlo dentro de una maleta, ¿qué escogerías?: desalientos, ilusiones, desesperanza, alegrías...ninguna de todas ellas

cabrían en la maleta, no podría contenerlo todo, ni siquiera se acercaría a una pequeña parte de ellas.

La mañana era húmeda y fría, se arropó con las solapas de su abrigo y salió. Solía caminar muy temprano hasta bien adentradas las diez. Aunque cayera agua nieve o el hielo se adhiriera peligrosamente a sus zapatos, Santiago necesitaba respirar ese momento de quietud o conciliación consigo mismo. Su paso era el reflejo de un espíritu quebrantado y adormecido en un prolongado letargo. Algunos lo vieron ir o venir. A veces saludaba desde lejos con la mano, no solía ser muy conversador. Su imagen extremadamente disuelta en el bosque y su cuerpo atardecido entre los pinos era como el círculo que se fundía en la última secuencia de una película muda. Parecía que era alguien que se iba para siempre o que siempre se estaba yendo, alejado del mundo, alejándose, siguiendo cada día la ruta prefijada.

En un sombrío recodo descansó las piernas aspirando fuertemente el evocador olor del musgo sobre las piedras. A continuación su mente se llenaba de retratos amarillos, lejanos rumores y voces del pasado que le habían vuelto a alcanzar. Esas cosas que a veces nos sorprenden sin avisar, sin escoger cómo ni cuándo ni dónde pero que desborda todo el firmamento en una sola gota de agua salada que surca el rostro de un hombre que ya se creía incapaz de emocionarse.

En los campos las olas del viento mecían las altas hierbas espigadas. Un par de petirrojos se posaron cerca de él porque sabían que a pesar de su aspecto no les haría daño, se disputaban el territorio quedando vencedor el que más se aproximaba al humano. Los árboles se desprendían de las migajas con su familiar murmullo emergiendo de las entrañas de la tierra. Nadie del pueblo creía que aquella casa tuviera arreglo, pero por lo menos disfrutarían de un nuevo tema de conversación. Los más impacientes se pasaban por allí para, como ellos decían “ver cómo le iba”, aunque lo único que pretendían era fisgonear. Le supuso un gran esfuerzo más emocional que físico iniciar la restauración. No encontraba el momento para comenzar y clavar el primer clavo. Ahora al mirarla desde la verja, el resultado era asombroso, parecía una acuarela entre el arroyo y el bosque. El arroyo, un recodo del río Noguera, producía cada año muchos kilos de pesca y satisfacciones. En especial durante la competición de la cuchara de oro, un recuerdo que sujetar a su gorra cada año. Cuanto más oxidado y viejo era el cebo, con más veteranía se lucía la condecoración. En cuanto a las truchas, las mejores piezas

descansaban como inexpresivos trofeos sobre los ladrillos de algunas chimeneas —qué desperdicio de peces—

En Áreu había un nutrido colmado donde aprovisionarse de gran variedad de artículos que después guardaba ordenadamente en las despensas. La harina procedía de un molino que se hallaba detrás de una casa, que a su vez también era un aserradero y una pequeña centralita eléctrica. La casa de Santiago era casi toda de madera y piedra, disponía de amplios armarios y falsos techos que cobijaban toda clase de cosas que ya no cabían en otros sitios. Con el tiempo se había hecho trasladar todas sus pertenencias hasta Áreu, no tenía intención de volver. El viejo Hillman descansaba en el cobertizo, entre las herramientas. Fue un buen coche siete años atrás, en el cincuenta y seis, una mezcla de sedán y vehículo rural. Hillman Husky, en dos colores, siete litros a los cien, muy cómodo y espacioso. Su robusto motor todavía gemía. El abuelo lo había transportado de Sudamérica donde lo compró de segunda mano a un perito agrónomo americano de Colombia. Un capricho que le costó ayuda y plegarias además de algunos “incentivos” en las aduanas para poder introducirlo en el país. Aquí casi no se fabricaban coches, a excepción de la empresa Hispano Suiza, fundada en Barcelona en 1904 y que durante la I guerra mundial había desarrollado motores para aviones.

El abuelo siempre había dicho que hubiese sido más fácil traer un tanque ruso que aquel dichoso Hillman de importación. Pero le dio muchas alegrías tanto a él como a la abuela. Pobre hombre, siempre tan ilusionado con todo, tan lleno de vida. ¿Cómo lo hacía, para vivir con tanto entusiasmo y disfrutar de un sencillo manojito de espárragos trigueros, un guijarro del río o del revoloteo de un minúsculo insecto?

El coche parcialmente iluminado por un aliento de Sol que se filtraban a través de la ventana, añadía más serenidad, si cabe, al entorno de aquella casa en las afueras de un pueblo que creció en el camino de Llavorsí y Alins entre un frondoso bosque de pino negro, abetos y oliveras. Antiguamente, aprovechando los saltos de agua todavía funcionaban pequeños molinos y aserraderos aunque la mayoría de los troncos eran transportados río abajo reunidos en “rais” o agrupados unos a otros y conducidos por los Raiers. Las aguas ahora descendían libres y jubilosas reflejando las nubes que laminaban de azúcar a más de 2.900 metros de altitud las sierras de Costuix y Monteixo. Al observar a un quebrantahuesos con su llamativo plumaje anaranjado remando delante del viento sin moverse de su sitio, solo una idea podía venir a su mente: armonía. Había tanta

serenidad que casi hacía daño y lo que ocurría en el mundo..., lo que ocurría en el mundo, que el mundo lo resolviera.